LA LITERATURA Y UNA
REVOLUCIÓN TOTALITARIA

*Graciela Lechuga Solís**
*Javier Meza G.***

LITERATURE AND
A TOTALITARIAN REVOLUTION

RESUMEN: La idea decimonónica de la existencia de una ciencia exacta provocó desprecios y cuestionamientos hacia otras expresiones humanas. El objetivo de esta nota es analizar las persecuciones que sufrieron poetas y novelistas en la Rusia de la segunda mitad del siglo XX. Se intenta mostrar que la palabra sincera de la poesía, la novela y el ensayo ayuda a comprender y conocer mejor la realidad social que las propias ciencias sociales.

PALABRAS CLAVE: literatura, revolución rusa, Stalin, Gorki, totalitarismo.

ABSTRACT: The nineteenth century idea of the existence of an exact science provoked disdain and questioning of other human expressions. Our objective is to analyze the persecutions suffered by Russian poets and novelists in the second half of the twentieth century. We will demonstrate that the sincerity expressed in poetry, novels, and essays allows us to understand and learn more the social reality even better than the proper social sciences.

KEYWORDS: literature, Russian revolution, Stalin, Gorki, totalitarianism.

RECEPCIÓN: 18 de agosto de 2015.
ACEPTACIÓN: 26 de abril de 2016.

* Departamento de Relaciones Sociales. UAM-X.
** Departamento de Política y Cultura, UAM-X.

LA LITERATURA Y UNA REVOLUCIÓN TOTALITARIA

Se impone que hablemos porque debe insistirse en que la literatura es la mayor maestra de sutileza humana [...], y en que si una sociedad impide la existencia natural de la literatura y la posibilidad de aprender de las obras literarias, lo que está haciendo es reducir su propio potencial, retrasar su progreso y, a la larga, poner quizá en peligro su propio tejido.

JOSEPH BRODSKY, *Del dolor y la razón*

La esterilización total de cerebros y almas jamás conoció en la Historia éxito parecido al que alcanzó en nuestro país. El pueblo fue privado de sus mejores bardos y profetas. [Es] muy comprensible: el verdugo supremo y sus acólitos necesitaban privar a la sociedad de su conciencia.

VITALI SHENTALINSKI,
De los archivos literarios del KGB

130

La dogmática idea decimonónica de la existencia de una ciencia exacta provocó desprecios y cuestionamientos hacia otras expresiones y prácticas humanas. Así, según el cientismo, el arte era incapaz de aportar soluciones a los grandes problemas sociales. También las pragmáticas búsquedas del lucro contribuyeron a consolidar los túneles de la especialización y a acentuar especialmente la indiferencia hacia la poesía y la literatura. Incluso se dijo que poetas y novelistas escribían obras cada vez más incomprensibles y por eso se les leía menos, pero realmente no fueron

los acusados quienes con sus obras se alejaron de las mayorías, sino más bien fueron estas quienes olvidaron que tanto la ciencia como las artes forman parte integral de la cultura de nuestro tiempo.¹

Pero si las relaciones entre ciencia y arte son conflictivas, también lo son las relaciones del poder con el arte. En un estudio clásico, el poeta W. H. Auden consideró que el político es un devorador y, como tal, enemigo del artista. Quiere todo a su

¹ Cf. Jacob Bronowski, *Ciencia y valores humanos*, 1968, Barcelona, Lumen, trad. de Carlos Ribalta.

servicio y trae la mentira en la sangre porque su oficio es mentir siempre; el artista, al contrario, para que su arte sea verdadero necesita, entre otras cosas, ser sincero. Pero además es creador y, por lo mismo, prolífico. Por eso no es extraño que el arte al servicio del poder sea sobre todo mediocre y apologético, mientras que el arte verdadero señala y enseña que la vida del Ser es ambigua y pletórica de antinomias o aporías. Nuestras certezas resultan ínfimas comparadas con nuestras incertidumbres.² En nuestro tiempo toda gran obra literaria constituye una denuncia del absurdo en que hemos convertido a la vida. El devorador corrompe y trata de convertir en cómplices a científicos y artistas, y cuando se resisten, arremete brutalmente contra ellos; pero sobre todo contra el último, quizá porque este acostumbra abrir las llagas de aquel y mostrar descarnadamente toda la pus y la podredumbre que contiene. Por eso, al devorador le conviene que el gobernado sea sumiso, débil, ignorante y que olvide pronto.

Dicho lo anterior, las siguientes líneas tienen como propósito describir y hablar de las represiones y persecuciones que poetas y novelistas sufrieron en la Rusia revolucionaria de la segunda década del siglo XX. El tema es sumamente complejo y diver-

so, de ahí que nos veamos obligados a tratar solo algunos ejemplos y dejar en el silencio miles y miles de casos. Intentamos mostrar que la palabra sincera en la poesía, en la novela y el ensayo, aun en medio de condiciones adversas, ayuda a comprender y conocer más y mejor la realidad social que las propias ciencias sociales.

La realidad y los ideales desatan pasiones y sus excesos se justifican cobijándose bajo los mantos de necesidades inevitables. Y a menudo olvidamos que la violencia contra la violencia nos hunde en una ignominia colectiva que es difícil contener pronto. Tuvieron que pasar muchas décadas para conocer más profundamente y aceptar la quemante verdad de los terribles crímenes cometidos por una dictadura en nombre de un mundo más justo. De todos modos, sorprende que a pesar del tiempo transcurrido todavía continúen apareciendo denuncias y experiencias que confirman, por un lado, la capacidad humana de resistir, y por el otro, que hay injusticias que no terminan de conocerse. ¿Podemos decirles a los que han descendido a los infiernos que nos hartan sus vivencias y que ya las hemos oído todas? Por supuesto que no: más o menos decía Montaigne que ya todo está dicho, pero como a menudo se olvida, hay que volver a repetirlo.

² W. H. Auden, *El prolífico y el devorador*, 1996, Barcelona, Edhasa, trad. y pról. de Horacio Vázquez-Rial.

NOTAS

En 1917, se produjo en Rusia la Revolución de Octubre o vulgar golpe de Estado del partido bolchevique contra la Convención legalmente establecida a principios del mismo año, y luego sobrevinieron el caos y el hambre, la guerra civil y el régimen de terror. Algunas décadas después Stalin y Hitler asesinaron a unos veinte millones de personas desde Polonia hasta Rusia occidental (con Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos). Lo más impresionante es que la cuarta parte de esa cifra es de víctimas que perdieron la vida antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial; tan solo en la URSS, en la década de 1930 se cometieron varios asesinatos en masa. Por ejemplo, en 1933 Stalin privó de alimentos a los campesinos de Ucrania para que murieran de hambre, y cientos de miles de campesinos y trabajadores fueron fusilados con un tiro en la nuca durante el Gran Terror de 1937 y 1938. Hoy sabemos que “[m]ás de un millón de vidas fueron truncadas por el agotamiento y las enfermedades en el GULAG³

entre 1933 y 1945, mientras que en los campos de exterminio y las zonas de hambre soviéticas murieron *seis millones* de personas”.⁴

En las “zonas de hambre” de Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos murieron unos cuatro millones de personas, porque los bolcheviques estaban convencidos de que luego de la Primera Guerra Mundial, la revuelta proletaria se propagaría en Europa central y occidental y sobre todo en los países más industrializados. Así, entre 1919 y 1920 emprendieron una guerra contra Polonia con el fin de exportar la revolución, pero fueron derrotados por el revolucionario polaco Józef Pilsudski, y entre uno y otro bando se dividieron Bielorrusia y Ucrania. La imposibilidad de extender su influencia más allá de sus fronteras obligó a los bolcheviques a conformarse con dominar un país pluriétnico, con muchos campesinos nómadas y económicamente atrasado. Como sabían que para acumular capital e industria-

³ Acrónimo de *Glávnoe Upravlenie Lagueréi* o Dirección General de los Campos. Los campos de concentración se establecieron a lo largo y ancho de la URSS: de las islas del Mar Blanco al Mar Negro, del Círculo Polar Ártico al Asia Central, de Múrmansk y Vorkutá a Kazajstán; en el centro de Moscú y en los suburbios de Leningrado. En los campos encerraron a delincuentes comunes y presos políticos. Hombres, mujeres y niños contribuyeron con su trabajo y su vida a acumular capital. A pesar de que el trabajo forzado ruso se remonta la época de los zares del siglo XVII, en 1918 Lenin lo mantuvo y ordenó que “los elementos inseguros

fueran confinados en campos de concentración en las afueras de las principales ciudades”. En 1921 ya había 84 campos distribuidos en 43 provincias. Véase Anne Applebaum, *GULAG. Historia de los campos de concentración soviéticos*, 2005, Barcelona, Debate, trad. de Magdalena Chocano Mena, pp. 19 y sigs.

⁴ Timothy Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, 2011, Barcelona, Galaxia Gutenberg, trad. de Jesús de Cos, pp. 12 y sigs.

lizar el país era necesaria la explotación, decidieron que el Estado debía dirigir una sociedad capitalista supuestamente efímera que diera paso a una verdadera sociedad socialista. Así, los campesinos de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y los nómadas de Asia central trabajaron forzados mientras los dirigentes intentaban construir el socialismo en las ciudades habitadas por el proletariado de lengua rusa. Los bolcheviques se convirtieron en los verdugos de sus propios pueblos, sacrificaron a las otras nacionalidades y establecieron durante la guerra civil el llamado “comunismo de guerra” (1918-1921).

Convencidos de sus teorías, afirmaban que la implantación del socialismo haría desaparecer al campesinado pero, temporalmente, los agricultores debían trabajar las tierras arrebatadas a los antiguos terratenientes y vender libremente sus productos en el mercado. Sin embargo, las guerras causaron escasez de alimentos y los bolcheviques los embargaron para ellos y sus seguidores, lo que provocó la muerte por hambre de millones entre 1921 y 1922. Ante el fracaso del “comunismo de guerra”, en 1921 Lenin impuso un pequeño giro y decretó la nueva economía política, de tintes liberales, con la que se reintrodujo una especie de mercado libre para mejorar la economía. Durante ocho años hubo cierta libertad en

la economía, la administración y la cultura. El control político cedió ligeramente aunque nunca dejó de haber censura; por ejemplo, la editorial del Estado (*Gosizhdatt*) cedió parte de su monopolio y permitió la aparición de editoriales independientes, aunque luego varios de sus autores fueron perseguidos y asesinados.

Lenin murió en 1924. En ese mismo año, Stalin empezó a hablar de la necesidad de establecer “el socialismo en un solo país”; la riqueza del campo debía servir para industrializarse al precio que fuera. No todos los dirigentes estaban de acuerdo y surgieron conflictos entre ellos. En 1927, Stalin recurrió a todas sus artimañas para formar inestables alianzas y conseguir el poder absoluto. Primero se alió con los más moderados en contra de los radicales y expulsó del partido a Trotski, Grigori Zinóviev y Lev Kámenev. Luego, en 1929, radicalizó su posición apropiándose de las ideas de los eliminados y arremetió contra Nikolái Bujarin haciendo alianza con Lázar Kaganovich y Viacheslav Molotov. Desde ese momento fue el amo absoluto.

En 1928, Stalin decretó su primer plan quinquenal, que consistió en requisar las granjas y las tierras y obligar a los campesinos a trabajar controlados por el Estado. Primero los acusaron de conspirar para estallar “una huelga de grano”, y con ese

NOTAS

pretexto, justificaron la apropiación de las cosechas y el control estatal sobre el suministro de alimentos. Tierras y máquinas pasaron a ser propiedad de granjas colectivas.

¿Es posible nombrar a todas las víctimas? Parece que Stalin dijo en una ocasión que la muerte de un hombre era una tragedia, pero la muerte de millones, solo una estadística. La simple expropiación de los kulaks (campesinos considerados acomodados solo porque muchos tenían más de dos vacas o una casa con tejado de cinc) expulsó de sus tierras a millones de personas, que tuvieron que buscar trabajo y comida. Las estaciones de los ferrocarriles estaban llenas y los lugares de destino casi nunca fueron mejores que los lugares que dejaban. Para Nadiezhda Mandelstam, el traslado obligatorio de grupos o pueblos enteros causó emigraciones voluntarias. Los viejos y los niños morían por ser los más vulnerables.

Las migraciones forzadas son algo absolutamente nuevo que nos trajo el siglo XX. ¿O quizás se remontan a los conquistadores egipcios y asirios? Vi trenes repletos de hombres barbudos de Ucrania y Kubán, luego vagones de ganado precintados que se dirigían al Lejano Oriente llenos de exiliados, luego trenes con alemanes del Volga, con tártaros, polacos, estonios... Y de nuevo vagones-jaula con deportados. Circulaban

siempre, algunas veces con mayor frecuencia, otras con menor. De un modo algo distinto salieron los aristócratas de Leningrado. Fue la segunda migración masiva que siguió al proceso de expropiación de los kulaks.⁵

La poeta Anna Ajmátova dice en algunos versos de su poema *Réquiem*: “Otra vez se avecina el Día de Muertos /Y a las veo, ya las oigo, ya las siento”. (...) “Quisiera, una a una, llamarlas por sus nombres, mas me han robado la lista, ya nunca podré hacerlo”.⁶

En efecto, los asesinados fueron innumerables, pero ¿a quién le importan los números? Posiblemente solo al asesino o al tecnócrata amantes eternos de lo cuantitativo. Más bien, lo importante sería saber sus nombres, mirar sus rostros y escuchar sus voces a pesar de que los revolucionarios verdugos y cómplices perdieron la memoria o prefieren el silencio cínico del olvido. Afortunadamente, algunos todavía creen en la voz poética de Ajmátova y se rebelan. Se rebelan y recuerdan, y nos hacen conocer y recordar y, gracias al milagro de la memoria y la huella, nombran y evocan y algunas sombras de las víctimas recobran la palabra. En 1921 fusilaron

⁵ Nadiezhda Mandelstam, *Contra toda esperanza. Memorias*. 2012, Barcelona, Acantilado, trad. de Lydia Kúper, pp. 162-163.

⁶ Anna Ajmátova, *Réquiem y otros escritos*, 2000, Barcelona, Galaxia Gutenberg, trad. de José Manuel Prieto, p. 49.

al gran poeta Nikolai Gumiliov, acusado falsamente de contrarrevolucionario. El poeta Yesenin se ahorcó un poco antes de que se intensificara el terror. Mayakosvski fue traicionado y eligió una bala en lugar de la obediencia a la autoridad. A Pasternak lo despreciaron y difamaron escritores mercenarios al servicio del poder. Tabidze prefirió el abismo que está bajo la ventana antes que traicionar al amigo. Mijaíl Zóschenko terminó loco, y a los poetas Jarms, Vedenski y Oléinikov los fusilaron. Pero más... ¡siempre más!

Arrestado y condenado a campos de trabajo Nikolái Zabolotski. / En el campo de Valdivistok murió Mandelstam, el gran amigo de Ajmátova / Asesinado Babel. / Asesinado Borís Pilniak, amigo y destinatario de versos de Ajmátova. / Asesinado Vladímir Narbut, con quien en su tiempo Nicolái Gumiliov ideó el grupo de los acmeístas.⁷ / Asesinada Anna Bárkova, muerta en la miseria, la soledad y el desprecio, después de tres condenas. / Se suicidó Marina Tsvetáieva, después del fusilamiento de su marido

⁷ Osip Mandelstam regresó a Rusia en 1911, luego de pasar una temporada de estudio en Heidelberg, y redactó los primeros manifiestos del movimiento acmeísta que, junto a Nikolái Gumiliov, definió como “la nostalgia de una cultura universal” que aspira a “hipnotizar la transparencia”. Véase de Osip Mandelstan, *Gozo y misterio de la poesía*, 2003, Barcelona, El Cobre, ed., trad. y pról. de Víctor Andresco, pp. 13-14. También del mismo autor *Viaje a Armenia*, 2004, Córdoba, Alción, trad. y pról. de Fulvio Franchi.

Serguéi Efrón, de la detención de su hija y de su hermana Anastasia... / Detuvieron y llevaron a la muerte al hijo de Andréi Platónov...”.⁸

El asesinato y el genocidio fueron elevados a ley natural, porque el prometido dulce y brillante porvenir requería toda la violencia inimaginable. A Máximo Gorki le gustaba decir: “Honor al loco que insufla a la humanidad un sueño dorado”, pero el sueño realmente fue una pesadilla en la que se competía por ser el más canalla. El escritor Iván Bunin relata los horrores que vivió en Moscú y Odessa en 1918 y 1919, y dice que la justificación bolchevique siempre fue la fuerza. El resentimiento desencadenado hizo que soldados y obreros de cualquier tendencia caminaran con “sangre hasta las rodillas”. Y todos aquellos que dijeron que era necesario e inevitable siempre echaron la culpa a la aristocracia, a los burgueses, a los blancos, a los campesinos acomodados y que por eso el pueblo hizo la Revolución. Predicando la igualdad, la fraternidad y la libertad se desató la más espantosa locura. Bunin sabía que las revoluciones se parecen. Al igual que en la francesa, surgieron por todas partes órganos administrativos, continuos decretos y comunicados, aumentaron los comisarios, aparecieron más

⁸ Vladimir Leónovich, “Prólogo” a *Réquiem y otros escritos*, p. 21.

NOTAS

autoridades, comités, uniones, partidos, y todos con ahínco se devoraban unos a otros. Además, apareció una nueva jerga política presuntuosa y vulgar: “Y todo eso se repite una y otra vez, puesto que entre los rasgos distintivos de las revoluciones están la sed de juego, la hipocresía, el gusto por las poses y la farsa. El mono que hay en cada hombre se despierta y asoma la cabeza”.⁹

Bunin entendió también que las revoluciones provocan desvaríos y locuras colectivas. Ciertamente, la peste, el cólera, los terremotos, no hay un loco que los glorifique, pero con la revolución ocurría lo contrario; los bolcheviques enaltecían los abusos y la pérdida de la cordura para que la gente perdiera la sensibilidad y viviera al límite. El crimen, el saqueo y el abuso, como eran cotidianos, provocaban indiferencia, falta de asombro y de indignación, y olvido. Bunin, como otros escritores, muy pronto se percató de hacia dónde conducían los deseos de un poder ávido de controlar a los cuerpos y a las almas. El cultivo del lenguaje, la piedra angular de toda cultura, se perdía y fue reencauzado oficialmente según los caprichos del amo y sus secuaces. En 1918, Bunin veía que “[l]a decadencia, la destrucción del idioma, el olvido del

sentido sagrado de las palabras, de su sonido y su peso, hace mucho que se han convertido en la moneda común de nuestra literatura”.¹⁰

Máximo Gorki denunció en febrero de 1918, en su periódico *La Vida Nueva*, que los bolcheviques eran una pandilla de aventureros que destruían lentamente a la aristocracia para sustituirla en el gobierno. Escribió contra los pillajes y actos vandálicos cometidos y aseguró que Lenin desataba en sus seguidores los “instintos animales” y la furia del pueblo indigente; eran solo unos incendiarios que experimentaban con las masas y aprendían a azuzarlas. En 1921, asumiendo sus responsabilidades como escritor, declaró públicamente que Lenin era solo “una guillotina pensante”.¹¹ No obstante, los actos de Gorki eran contradictorios. El propio Bunin refiere que si en 1918 repudió los actos de los bolcheviques, en el Congreso de la Tercera Internacional celebrado en Moscú en mayo de 1919 pronunció un discurso (“El día de la gran mentira”) lleno de elogios y exageraciones, en el que afirmaba que había terminado el dominio de la mentira y el destino elegía al pueblo ruso para dirigir y liberar “con ardor y coraje” a todos los pueblos del mundo.¹²

¹⁰ *Ibid.*, p. 149.

¹¹ Véase de Frank Westerman, *Ingenieros del alma*, 2005, Madrid, Siruela, trad. de Isabel-Clara Lorda Vidal y Goedeke De Sterck, pp. 30-32.

¹² Citado por Bunin, *op. cit.*, p. 137.

⁹ Iván Bunin, *Días malditos (un diario de la revolución)*, 2007, Barcelona, Acantilado, trad. de Jorge Ferrer, p. 60.

En el exterior de Rusia empezaron a escucharse voces críticas de quienes veían y se preocupaban por lo que estaba pasando. Uno de los primeros en escribir con alarma fue Joseph Roth. En agosto de 1926 viajó a Rusia para escribir varios reportajes encargados por el periódico *Frankfurter Zeitung*. Lenin había muerto, Trotski ya no era comisario de guerra y Stalin se preparaba para redoblar el terror de las persecuciones y el trabajo forzado. La nueva política económica desembocó muy pronto en los planes quinquenales, por medio de los cuales el Estado asumió el control no solo de todos los mandos del poder económico, sino también de la cultura, la política y la vida en general. Roth arribó lleno de optimismo y simpatía, pero se fue decepcionado (por los mismos años visitó Rusia el filósofo Walter Benjamín y escribió en su *Diario* que llegó como bolchevique convencido pero regresó como monárquico).¹³ Roth encontró que de la “libertad” de comercio brotó un nuevo burgués (*novi burzhui*), comerciante e industrial, que sin embargo era primitivo como en los inicios del capitalismo. Los miembros de esta nueva clase consiguieron privilegios y dinero y solo les interesaba comprar y no gobernar; pero como eran pocos, muy pronto el control del Estado los aplastó.

¹³ Citado por Klaus Westermann en el “Posfascio” a Joseph Roth, *Viaje a Rusia*, 2008, Barcelona, Minúscula, trad. de Pedro Madrigal, p. 229.

Una de las primeras decepciones de Roth fue descubrir que en la educación estaba proscrito Homero, y que a Sófocles, Ovidio y Tácito los consideraban representantes de la “intelectualidad burguesa”.¹⁴ Ante sus ojos aparecía un gobierno que pregona no necesitar genios ni literatos, y que los maestros, los ingenieros, las construcciones, las fábricas eran más importantes que los poetas. Para los dirigentes, las masas no necesitaban la duda; y la sutileza y la distinción eran burguesas. A Roth le pareció un país inmerso en una vida sumamente banal. A la banalidad de la Europa decadente se sumaba la nueva banalidad rusa joven, fuerte y burocrática preocupada seriamente por las estadísticas.¹⁵ Al héroe lo sustituyó el burócrata amigo incondicional de la mediocridad, que renuncia a la Antigüedad clásica, a los aportes de la Iglesia romana, al Renacimiento, al humanismo, a la Ilustración, y admira y elogia, con un espíritu muy estadounidense, al becerro de oro, la plancha eléctrica, la higiene y el agua corriente. Lo peor era que las propias aportaciones rusas como el misticismo, el arte religioso, la poesía, y Turguénev y Dostoievski, eran en su totalidad completamente reaccionarios.¹⁶ A

¹⁴ *Ibid.*, p. 22.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 88-90.

¹⁶ *Ibid.*, p. 91.

NOTAS

juicio de Roth la revolución que soñaba con exterminar a la burguesía impulsaba lo contrario, y el espíritu pequeñoburgués aparecía en la política, en la burocracia y en los dispositivos y organizaciones calificadas como revolucionarias, pero siempre sumisas a las resoluciones que dictaba el partido. Además los administradores estaban embriagados con las cifras:

En Rusia domina un *fanatismo de la estadística*, una veneración por las cifras, que se elevan al rango de argumento. Es sabido que no hay nadie más ufano, feliz y cómico que un ideólogo que encuentra ocasión de enumerar “hechos”. Se imagina que así ha cogido a la “realidad” por el pescuezo. (Nunca ha estado más alejado de la realidad.) En todas las asambleas, en todas las conferencias, en todas las disertaciones escolares, en cualquier tiempo y lugar resuenan “constataciones” (de cifras). Los responsables de Rusia viven sumidos en la embriaguez de las cifras, y los grandes y redondos ceros encubren los verdaderos rostros de las realidades.¹⁷

En cambio perseguían a filósofos, artistas e intelectuales, y a las masas las educaban en las “verdades” del gobierno, que los periódicos, férreamente censurados, difundían para

consolidar una opinión pública manipulada y supuestamente crítica. Las consignas de los medios de información, a fuerza de repetirse, convencían a las multitudes. Eran consignas sumamente estúpidas: ¡contra los parásitos!, ¡contra la anarquía!, ¡contra los traidores!, ¡a favor de la industrialización! Como consecuencia, el lema sustituía al argumento, los cerebros se mecanizaban y las miradas y las opiniones se uniformaban.

Profundamente decepcionado, Roth decía que Rusia estaba abarrotándose de dirigentes que eran como Tartufos pequeñoburgueses, que en lugar de portar un misal y un rosario, enarbolaban una insignia y una bandera, y empaquetaban las nuevas ideas con un lenguaje burgués, mediocre, con lo cual, más que destruir el mundo que pregonaban despreciar, lo heredaban y lo consolidaban. En la aguda crítica de Roth no podía faltar el marxismo. Los dogmáticos de la teoría triunfante tenían hambre de eternidad. Olvidaban que todo caduca y nada permanece porque en el tiempo se suceden procesos de descomposición que destruyen todo. El marxismo leninismo que gobernaba Rusia estaba creando una sociedad crédula, acrítica, devota y estúpida. Ciertamente, era preferible que los cándidos creyeran más en la prosperidad del proletariado que en la prosperidad de los banqueros o los generales, pero al escritor le molestaba que la mayoría de los rusos se

¹⁷ *Ibid.*, pp. 128-129.

convirtieran en banales como resultado de una cultura popularizada:

Nivelar significa convertir en planicie los montes y valles, donde ya no pueden seguir alzándose las montañas [...] Los necios se sienten inteligentes. Es insoportable. Tienen derecho a sentirse inteligentes. El ser humano es educado en un colectivismo conciente. Pero no se le dice que hay, además, otra sabiduría que también tiene su lugar, que hay una visión del mundo construida no a partir de un solo punto, sino desde muchos miles de puntos, que la vida no se entiende cuando uno se queda parado, sino cuando camina y vuelve a pararse una y otra vez.¹⁸

Los escritos de Roth, precursores de la crítica externa a la “dictadura del proletariado” en Rusia, no tuvieron el impacto y la trascendencia que lograron unos años después, en 1936 y 1937, los de André Gide. De sus opiniones puede decirse lo mismo que de las de Roth: fue un primer testimonio crítico y sereno propio de un escritor libre. Cuando Gide volvió de la URSS en 1936 no sabía si la palabra exacta para referirse a lo que encontró era “decepción”. Obviamente, el repudio dogmático de sus impresiones fue brutal; “renegado”, “pequeñoburgués”, “individualista” fueron los adjetivos más usados en su contra. Normalmente, la valentía y la obligación de denunciar el dogmatismo es

vista como paranoia o conspiración alucinatoria que debe censurarse. Solo que para Gide estaba primero la responsabilidad, pues antes de su viaje, creyó que el futuro de la cultura podía estar en manos de la URSS y era hora de rectificar. Pensaba que “La mentira, aun la del silencio, puede parecer oportuna, como también la perseverancia en la mentira, pero significa dar terreno abonado al enemigo, y la verdad, aun dolorosa, no puede herir sino para sanar”.¹⁹

Como extranjero invitado, los anfitriones de la Unión de los Escritores Soviéticos lo llevaron solo a donde convenía al régimen. Se trataba de enseñar la mejor cara. Solo que, junto a una fervorosa alegría, estaba siempre la seriedad, la solemnidad y la mínima burla nunca apareció ni siquiera en los niños. Era una mala señal para quien ama la risa. “Burla, ironía, crítica, todo va junto. El niño que es incapaz de burla acabará siendo un crédulo y sumiso adolescente cuyo ‘conformismo’ usted, burlón, criticará más tarde. Yo prefiero la guasa francesa aun cuando pudiera ejercerse a mis expensas”.²⁰

A Gide siempre le preocupó el hombre y sus problemas sociales: la seriedad indica incapacidad de asombro, la uniformidad de los vestidos quizá también oculta la uniformidad

¹⁹ André Gide, *Regreso de la U.R.S.S. Seguido de Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.*, 1982, Barcelona, Muchnik Editores, trad. de Carmen Claudín.

²⁰ *Ibid.*, p. 28.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 178 y sigs.

NOTAS

en los espíritus, las largas filas de personas que horas para conseguir algo de comer indica paciencia, pero también resignación y miedo ante la fatalidad, y la imposibilidad de protestar. Muy pronto a Gide, como antes a Roth, le indignó que el diario *Pravda* dijera todos los días a las personas qué debían pensar, creer y cómo actuar, y que impusiera desde la infancia una obediencia ciega. Ya para estos años los beneficiarios de la revolución disfrutaban una felicidad impuesta y basada en la esperanza, la confianza y la ignorancia. El conformismo y la falta de libertad de crítica engendraron divisiones clasistas, pues había pobres por todas partes, cuya situación contrastaba con los privilegios de los dirigentes. Hoy, decía el escritor, todo lo que se acusa de “contrarrevolucionario” es el fermento que luchó contra el mundo zarista. Por eso preguntaba:

¿No sería preferible, entonces, en lugar de jugar con las palabras, reconocer que ya no se estila, que ya sobra el espíritu revolucionario (y hasta el mero espíritu crítico)? Lo que se pide hoy en día es la aceptación, el conformismo. Lo que se pretende y exige es una aprobación de todo lo que se está haciendo en la U.R.S.S.; lo que se intenta alcanzar es que esta aprobación no sea resignada, sino sincera y hasta entusiasta. Lo más asombroso es que se consigue tal cosa. Por otra parte, la mínima pro-

testa, la mínima crítica, ya expuesta a las penas mayores, se ve además inmediatamente ahogada. Y dudo que en ningún otro país hoy por hoy, ni siquiera en la Alemania de Hitler, exista espíritu menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado.²¹

Al Gide igualmente le pareció repugnante el culto a Stalin: su imagen estaba en todos lados en efigies, fotografías, pinturas y carteles. Cuando el escritor viajó a Gori, la pequeña ciudad donde nació Stalin, pensó que no era mala idea escribirle agradeciéndole la invitación para conocer Rusia. Cuando entregó sus líneas al traductor, le dijo que era incorrecto utilizar solo el “usted”, y que debía anteponer al nombre “Usted, jefe de los trabajadores” o “Padre de los pueblos” o cualquier otra zalamería semejante. Con esto comprobó que no se trataba de ninguna dictadura del proletariado, sino más bien de la de un hombre con instintos bestiales y despóticos. Repetir consignas termina por embotar la conciencia y uno deja de saber el grado de esclavitud que sufre. Para Gide, ser artista implicaba ser anticonformista y nadar casi siempre contra la corriente. No le estaba permitido “dejarse llevar”, y debía buscar siempre todo lo que ayuda a pensar por uno mismo y a protestar. Cuando un inter-

²¹ *Ibid.*, pp. 51-52.

locutor le advirtió que “en el país del proletariado” todos los escritores debían seguir “una línea” para no ser acusados de formalistas, pues aspiraban a crear junto con el pueblo un gran arte nuevo fundado en lo popular, sometido a una ortodoxia, y debían también abandonar preocupaciones como la belleza, que era un simple valor burgués, Gide pensó que olvidaban o pretendían olvidar que toda creación sometida a un único dictado, a una sola regla, se vuelve estéril y mediocre. Por eso, desde que llegó a la URSS le interesó descubrir qué sentido le daban a la palabra “formalismo”, y encontró que

la acusación de formalismo recaía sobre cualquier artista culpable de prestar mayor atención a la *forma que al fondo*. Sin contar con que el único *fondo* que se considera digno de interés (o mejor dicho, el único tolerado) es aquel orientado en un sentido determinado. La obra de arte será juzgada formalista en cuanto se aparte de la orientación debida y deje, por tanto, de tener sentido (juego deliberadamente con la palabra). No puedo, lo confieso, escribir las palabras “forma” y “fondo” sin sonreír. Aunque llorar sería más apropiado cuando vemos que tan absurda distinción va a determinar la crítica. Se le puede conceder una eventual utilidad política, pero entonces que no se hable más de cultura. Esta se

halla en peligro desde el momento en que desaparece la libertad de ejercer la crítica.²²

En los *Retoques a mi regreso de la URSS*, Gide dice con enojo que su libro anterior (*Regreso...*) recibió muchas injurias porque es un hecho que la verdad siempre molesta al dogmatismo; sobre todo al dogmatismo que vocifera sin ton ni son que “el fin justifica cualquier medio” y que los crímenes cometidos en nombre del proletariado no son iguales a los cometidos por la burguesía, pretendiendo olvidar que el crimen es crimen sin importar en nombre de quién se realiza. Para el dogmatismo solo hay un camino: el suyo. El terror y los crímenes cometidos nunca inquietaron a las tranquilas conciencias de otras latitudes. Aún hoy se calla y se olvida. Pero quizá es injusto exigir a la ignorancia que recuerde algo que nunca reconoció ni aceptó. En el segundo libro Gide reprocha en particular que le dieran “gato por liebre” en un país cuyos dirigentes encubrían sus crímenes “con rostro humano”, un país donde la gente no tenía ni siquiera la libertad de ir a donde quisiese y sí la obligación de mudarse a donde se le ordenara. Ahí, el cuerpo y el alma habían dejado de pertenecer al individuo, y eran una propiedad del Estado. Pensar por uno mismo

²² *Ibid.*, p. 62.

NOTAS

era “contrarrevolucionario”, y quien aspiraba a mejorar socialmente debía aprender a delatar con la policía a los indeseables, renunciando al honor y a la amistad. Cuando el poder desea aplastar a alguien no recurre al enemigo, sino al amigo, e impone que convertirse en un soplón es un deber. La atmósfera inquisitorial se implantó en la URSS, perfeccionada por la técnica y la ciencia. Uno debía desconfiar de todo y de todos. Los pensamientos prohibidos no debían externarse ante los niños ni ante los amigos; en ocasiones, ni siquiera con la esposa. “Cada uno vigila, se autovigila, es vigilado”. No hay palabra libre. Las condenas por comentarios realizados años atrás eran numerosas, y resultaba preferible, como en la época de la Inquisición, adelantarse a delatar:

Para protegerse de las denuncias, el medio más expeditivo es tomar las delanteras. Por añadidura, quienes no han informado inmediatamente de comentarios disonantes que hayan oído, se exponen al encarcelamiento o a la deportación. La delación forma parte de las virtudes cívicas. Se empieza a practicar en la edad más temprana, y el niño que “se chiva” se ve felicitado.²³

En un mundo donde la delación es elevada a rango de virtud, es lógico

²³ *Ibid.*, p. 105.

que la servidumbre se convierta en un estado ideal, porque el mayor deseo es servir. La idea de que “no hay cosa más grande que arrastrarse ante los poderosos” parece que ha sido una de las múltiples herencias zaristas que el régimen totalitario soviético retomó y perfeccionó. Es una asquerosa herencia que el siglo XXI debe afrontar. Decía Gide: “De arriba abajo en la escala social reformada, los que tienen mejor calificación son los más serviles, los más cobardes, los más sumisos, los más viles. Todos los que levantan cabeza son eliminados o deportados uno tras otro”.²⁴

La historia de la URSS está llena de denuncias y traiciones, e infinidad de veces los propios traidores fueron fusilados o enviados a los campos de trabajo, pues quien vive de la traición un día será traicionado. La maquinaria estalinista fue creada de tal forma que el movimiento de un engrane arrastraba consigo racimos de víctimas. Investigaciones relativamente recientes y afortunadas como las del poeta y novelista Vitali Shentalinski²⁵ en los archivos de la policía política,

²⁴ *Ibid.*, p. 106.

²⁵ Véase de Vitali Shentalinski, *De los archivos literarios del KGB*, 1994, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, trad. del francés y del ruso de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova; *Denuncia contra Sócrates. Nuevos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*, 2006, Barcelona, Galaxia Gutenberg, trad. de Marta Rebón, y *Crimen sin castigo. Últimos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*, 2007, Barcelona, Galaxia Gutenberg, trad. de Marta Rebón.

han confirmado lo que siempre se supo, aunque algunas izquierdas, incluso hoy, prefieren callar o incluso negar: las atrocidades cometidas en nombre de los proletarios rebasan los límites de toda maldad imaginable. Ahora bien, también corroboran la resistencia heroica de víctimas cuya única falta fue no querer marchar al paso que marcaban los verdugos. Esa resistencia permanecerá siempre como un cristalino ejemplo de valentía, honradez y orgullo.

Todo ser humano ama la risa, excepto los dueños del poder y los que lo obedecen a ciegas buscando quedar bien. El poder detesta la risa abierta, franca, sincera, y prefiere la sonrisa reprimida, pudibunda y siniestra. Cuando el poder ríe abiertamente su risa es maligna, soez, pues acostumbra celebrar así sus fechorías, abusos y crueldades. Por supuesto que el pueblo ruso, como todos los pueblos, sabe reír, pero la revolución bolchevique, en su afán geométrico y despótico por transformar a los seres reprimió la risa y la ironía, y sobre todo la escritura. Es posible que algunos dirigentes hayan leído en su día, por ejemplo, a Nikolái Gógol o a Iván A. Goncharov, pero como sus obras no son precisamente espejos empañados o rotos, ver reflejadas en ellas sus comportamientos debió causarles rabia y seriedad. Se dice que el despiadado

padre de los pueblos reía mucho con una de las obras de teatro de Mijaíl Bulgákov, pero quizá por eso nunca perdonó que un ser “inferior”, al denunciar con ironía las estupideces que cometían los que mandaban, le arrancará la risa a él, nada menos que el *hombre de acero*.

La risa, aunque no siempre, requiere la palabra, y el pueblo ruso y sus escritores lo saben. Ya en el siglo XIX Aleksandr Herzen escribía que las tres cuerdas de la lira rusa eran la tristeza, el escepticismo y la ironía, y vio en la literatura un segundo poder que realmente era la verdadera autoridad. En el mismo sentido, Vitali Shentalinski observa: “Más que un arte, la literatura ha sido siempre, en Rusia, una especie de parlamento social que compensaba la carencia de un verdadero parlamento político, al ejercer de voz de la conciencia y de la verdad. La palabra ha sido tan valorada en nosotros que por ella se ha llegado incluso al asesinato”.²⁶

Ya señalamos que la nueva política económica permitió una pasajera libertad de expresión en libros, periódicos y revistas, que fue aprovechada por un grupo de nuevos escritores influidos por Yevgueni Zhamiatin y Víctor Shklovski que en febrero de 1921 fundaron el grupo *Serapionovy*

²⁶ Shentalinski, *De los archivos literarios del KGB*, op. cit., p. 13.

NOTAS

bratia (“Hermanos Serapios”). En su manifiesto inicial declararon:

Nos hemos dado el nombre de Hermanos Serapios porque nos oponemos a la coerción y al aburrimiento, y porque *nos oponemos a que todo el mundo escriba de la misma manera* [...] Cada uno tiene su propio modo de expresarse. Creemos que *la literatura rusa actual es asombrosamente almidonada, fatua y monótona*. Se nos permite escribir cuentos, novelas y piezas de teatro [...] con tal de que tengan un contenido social y temas inevitablemente contemporáneos. Solo pedimos una cosa: que una obra de arte sea orgánica y auténtica y que viva su propia vida particular.²⁷

En 1918 Bunin señaló que Lev Tolstoi tenía razón al decir que, para obtener reconocimientos literarios, era necesario ser imbécil y desvergonzado, y solo los advenedizos se preocupaban por glorificar las peores animaladas del presente y olvidar todos los abusos. Los críticos no sabían nada de literatura y le exigían que hablara de lucha de clases, de rojos y blancos y, más adelante, que alabara a obreros y campesinos ficticios y grotescos que luchaban en un mundo considerado el mejor de todos. El

²⁷ Citado por Marc Slonim, *Escritores y problemas de la literatura soviética, 1917-1967*, 1974, Madrid, Alianza, trad. de Aurora Bernárdez, p. 124, las cursivas son nuestras.

nuevo poder no quiso entender que, como decía Isaac Babel (escritor asesinado en 1940), el creador debe conocer su individualidad con independencia de que a la sociedad le importe o no porque, sin duda, cada libro es un mundo visto por el hombre, “y cuanto más se descubre el hombre en él, en toda su infinita complejidad, más elevada es su calidad literaria. Ninguna consideración moral o social debe impedir que se desvelen y se desarrollen el escritor y su estilo”.²⁸

La imposición de un arte oficial que obligaba a crear según los deseos de las autoridades se consolidó —según Frank Westerman—, cuando Máximo Gorki sirvió abiertamente al estalinismo y declaró que se trataba de convertir a los escritores en “ingenieros del alma”, es decir, en manipuladores preocupados por moldear las conciencias de acuerdo con las necesidades y caprichos del poder. No sabemos si Gorki aceptó servir al poder para ayudar, en lo posible, a los artistas perseguidos o simplemente para satisfacer su ego o todo a la vez, pero en 1930 se trasladó a Rusia. En Moscú lo hospedaron en una lujosa residencia situada en la calle Malaya Nikitskaya y sus obras dramáticas se presentaron en muchos teatros. Su novela *La madre* fue traducida a sesenta y un lenguas. Además, le otorgaron la Orden de Lenin, lo nombraron

²⁸ Shentalinski, *De los archivos...*, op. cit., p. 79.

miembro de la Academia de Ciencias y produjeron una película oficial: *Nuestro Gorki*.

Por órdenes del Estado, el credo de los artistas del nuevo arte revolucionario fue luchar contra la fantasía, el esteticismo y el engaño del arte psicológico, y perseguir, censurar, denunciar y vociferar contra todos los que no estuvieran de acuerdo. Se sabe que el 26 de octubre de 1932 decenas de escritores acudieron convocados a casa de Gorki, y sentados alrededor de una enorme mesa aguardaron expectantes: de pronto apareció el tirano acompañado por Molotov, Vorosilov y Kaganovich, todos con actitud de lacayos. Entre los reunidos estaban incondicionales como Fiodor Gladkov (autor de la novela *Cemento*) y Valentin Kataiev (autor de *Tiempo adelante!*), y ausentes, como era de esperar, Boris Pasternak, Mijail Bulgákov, Osip Mandelstam, Anna Ajmatova y otros disidentes. Después de mucha palabrería, el amo les dijo que si los tanquistas rusos tenían alma de barro eran inútiles, y por eso creía que era más importante forjar almas que tanques. El arte propuesto en esos momentos por Stalin y sus corifeos se llamó “realismo socialista”. Algunos escritores explican que nunca supieron a ciencia cierta en qué consistía, pues como los caprichos del poder son volubles, las instrucciones y orientaciones oficiales cambiaban constantemente. En efecto,

el realismo socialista no era un principio estilístico literario ni una categoría de orden estético, claramente perfilada..., sino una instrucción para el adoctrinamiento ideológico de la literatura, de manera que el escritor, si no quería acarrearle dificultades, debía observar determinadas e ineludibles reglas fundamentales, como, por ejemplo, una actitud positiva frente a la realidad socialista, la problemática social y el trabajo; además, la interpretación del tema, querida por el Partido, que cada año podía ser distinta; la descripción optimista, afirmativa, la renuncia a experimentos formales, ya que éstos ponen en peligro la transparencia de la expresión.²⁹

A Mijail Bulgákov, uno de los mejores escritores rusos, lo anterior siempre le pareció aberrante. La policía política empezó a vigilarlo porque en noviembre de 1922 descubrió que había publicado un artículo en una revista berlinesa solicitando información sobre escritores rusos para elaborar un diccionario bibliográfico.³⁰ El 7 de marzo de 1925, un soplón informó a la policía que Bulgákov leyó la primera parte de su novela *Corazón de perro* en casa de Yevdoksia Fiódor-

²⁹ Helen von Ssachno, *Literatura soviética posterior a Stalin*, 1965, Madrid, Guadarrama, trad. Luis Alberto Martín Baró, p. 47.

³⁰ Para el caso de este escritor, la mejor información acerca de la persecución a la que lo sometió la policía política está en la obra de Shentalinski *Denuncia contra Sócrates*, pp. 308 y sigs.

NOTAS

146

rovna Nikitina, editora y crítica literaria, y dos días después denunció en un informe pormenorizado que todo el escrito era hostil a la URSS pero, además, era pornográfico y apto para pequeños burgueses, señoritas frívolas y viejos perversos. La novela fue leída ante unas cuarenta personas, pero era seguro, según el espía, que “contaminó a más de uno”, ya que era un libro muy peligroso. A los pocos días, el 24 de marzo, informó que la segunda parte fue leída el 21 de marzo de 1925. Más adelante Bulgákov publicó su novela *La guardia blanca* y un ciclo de cuentos satíricos intitolados *Diavoliada*. El 2 de enero de 1926, el delator dijo que “Sería deseable desenmascarar la fisonomía del escritor M. Bulgákov, autor de la colección *Diavoliada*, uno de cuyos relatos, *Los huevos fatales* lo revela como el típico ideólogo de la malévola burguesía contemporánea”.³¹

La verdad es que Bulgákov estaba harto de escribir sobre “héroes en chaqueta de cuero, de ametralladoras y comunistas heroicos”. Decía que más bien era urgente escribir sobre el hombre, pero para los guardianes de la pureza del Estado tal propuesta era incorrecta. El 7 de mayo de 1926 registraron su vivienda y le decomisaron, entre otros papeles, su *Diario* y *Corazón de perro*. El 18 de mayo el escritor escribió a la OGPU exigiendo que le devolvieran sus pa-

peles y, como no contestaron, envió una nueva carta, a la que respondieron en septiembre citándolo para interrogarlo. Sin rodeos, el escritor declaró que amaba a la URSS, pero como veía que la vida cotidiana estaba llena de defectos, sentía necesidad de interpretarlos de manera satírica para plasmarlos en sus obras. Además, no sabía escribir sobre campesinos y obreros como le sugerían. Sus desafíos al sistema ya no podían pasar desapercibidos y su expediente empezó a engordar. Más adelante, el escritor estrenó su obra de teatro *Los días de los Turbín*, basada en su novela *La guardia blanca*, que le reportó un gran éxito. Su fama aumentó con *El piso de Zoika* y con *La isla púrpura*. Debido a su popularidad, a la policía le pareció peligroso dañarlo directamente, pero como a un poder omnímodo siempre le sobran recursos, recurrió a la censura y le exigió realizar algunos cambios. El autor obedeció a medias. Cansados, en 1929 los guardianes de las buenas conciencias decidieron cancelar todas las presentaciones de su obra y echarle encima todas las plumas vendidas para que lo difamaran.

Desde el 26 de febrero de 1928 Bulgákov había solicitado permiso para viajar al extranjero, pero se lo negaron. En junio de 1930 volvió a solicitarlo y le escribió a Gorki, a Stalin y a Kalínin, Presidente del Comité Ejecutivo Central, explicándoles que

³¹ *Ibid.*, p. 316.

deseaba abandonar el país definitivamente. La respuesta fue negativa. Entonces, aun cuando sabía que era más que un sueño, solicitó una entrevista con Stalin. Bulgákov dialogaba con el poder a través de sus obras, y este le respondía con los ataques de los ideólogos, la censura y los policías. Sin embargo, en 1930 Stalin le llamó por teléfono para preguntarle si realmente quería abandonar Rusia. Bulgákov, sorprendido, titubeo y le respondió que no pero que estaba sin trabajo.³² El poderoso cedió un poco y le consiguió una plaza como ayudante de dirección en el teatro artístico. Sin duda, la llamada fue una especie de broma cargada de ironía macabra y prepotencia. Bulgákov sufrió prácticamente el resto de su vida boicots y prohibiciones; decía que lo acosaban por arriba, por abajo y por los flancos. Murió en 1940, aquejado de fuertes delirios de persecución, un mal que la mayoría de los rusos padecieron bajo el socialismo. Su obra maestra, la novela *El maestro y Margarita* no fue publicada hasta 1960. Respecto a la entrevista telefónica con Stalin, uno puede preguntarse por qué Bulgákov no manifestó con firmeza su deseo de irse, pero nos parece que quizá “sus lamentos eran en balde, tal vez su subconsciente le hubiera dicta-

do, aun sin saberlo, la postura correcta que debería adoptar, la única que le permitiría salvar su vida. Es imposible saber que habría hecho con él Stalin si Bulgákov hubiera respondido de modo diferente”.³³

La palabra escrita, cuando permanece, es más poderosa que todos los ejércitos juntos y llega a todos los sitios. En la novela *Corazón de perro*, el profesor Filip Filípovich Preobrazhenski, eminente científico ruso y partidario de la paz y de la desigualdad social, quiere descubrir alguna forma de rejuvenecer, y para lograrlo realiza la cirugía más descabellada que la historia registra: a un perro vagabundo, que detesta al proletariado por las patadas y malos tratos que le han dado, le injerta las glándulas genitales y la hipófisis de un hombre recién muerto. El animal sobrevive y adopta una postura erecta, aprende a hablar (leer y razonar ya sabía) y adquiere el aspecto de una persona terriblemente fea y las características del antiguo dueño de las glándulas: borracho, ladrón y casi sin inteligencia. Pero también conserva ciertos impulsos caninos: odia y persigue a los gatos, lo que le permite obtener el puesto de director del subdepartamento de limpieza con el flamante nombre de Poligraf Poligráfovich Sharikov. El nombre, junto con su cartilla de

³² Mijail Bulgákov y Evgeni Zamiatin. *Cartas a Stalin*, 2010, Madrid, veintisiete letras, trad. de Víctor Gallego.

³³ Vitali Shentalinski, *Denuncia contra Sócrates*, pp. 358 y 308 y sigs.

NOTAS

identidad, lo consiguió gracias a los miembros proletarios que integran el Comité de Inquilinos de la casa que antiguamente pertenecía al profesor Filip Filípovich, pero que por decreto de la revolución, ahora debía compartir con el pueblo.

El profesor intentó educar al engendro, pero todos sus esfuerzos son inútiles. Los actos del “perro humanizado” van subiendo de tono: habla con groserías, viste con vulgaridad, no sabe comportarse en la mesa, emplea el chantaje para casarse con una trabajadora que tiene a su cargo e incluso intenta violar a la cocinera del profesor. Ahora ya no detesta al proletariado, sino que se identifica con el Comité de Inquilinos y participa del odio y resentimiento que tienen todos contra el profesor. Finalmente, el cirujano restituye al animal sus glándulas originales y junto con ellas su naturaleza, convencido de que no sirve de nada transplantar hipófisis de genios a otros cuerpos pues la naturaleza por sí misma los produce sin esfuerzo. Es decir, “se puede injertar una hipófisis de Spinoza o de cualquier otro desgraciado y convertir un perro en una extraordinaria eminencia. Pero ¿para qué? Uno se pregunta. Explíqueme, por favor, ¿qué necesidad hay de fabricar artificialmente spinozas cuando cualquier mujer puede parirlo cuando quiera”.³⁴

³⁴ Mijail Bulgákov, *Corazón de perro*, 1974, Barcelona, Labor, trad. de Helena S. Kriúskova y Vicente Cazcarra, p. 111.

La burla es clara: nos recuerda la disección del cerebro de Lenin y de Gorki, los intentos del genetista Lizenko de crear genios con los espermatozoides de Stalin y obtener rábanos cuyas raíces fueran nabos comestibles. Sobre todo, es una crítica a los deseos de homogeneizar a los hombres que abrigaron los ideólogos de la revolución rusa. Bulgákov parece decirnos todo el tiempo: están degradando lo elevado y espiritual al plano material y corporal. En la novela no es casual que el monstruo reúna lo “alto” (glándula hipófisis de la cabeza) y lo “bajo” (glándulas genitales), y el resultado no puede ser más que un monstruo híbrido, realista pero grotesco, horrible y deforme, que más que terror provoca risa. A menudo olvidamos que no podemos ser iguales, pero también olvidamos la responsabilidad de buscar los medios para que el fuerte ayude realmente al débil y no lo aplaste. Quienes creen dogmáticamente que a la humanidad le espera un final feliz e igualitario, y también a los que creen que la sociedad debe ser absurdamente injusta no puede agradarles la novela de Bulgákov. Los partidarios de la igualdad o la injusticia absoluta no rien. Es claro que la novela de Bulgákov se inserta en la línea del *Frankenstein* o *el moderno Prometeo* de Mary Wollstonecraft. La obra advierte del

peligro de actuar como el aprendiz de brujo y desatar fuerzas que luego no sea posible controlar, como ocurrió con las teorías capaces de engendrar y liberar monstruos incontrolables como Stalin y como ocurre con la técnica y la ciencia.

Uno de los más grandes poetas también sucumbió ante el resentimiento y la venganza del devorador: Osip Mandelstam (1891-1938). Lo detuvieron la noche del 16 al 17 de mayo de 1934 porque la policía buscaba el “sedicioso” poema “dedicado” en 1933 a Stalin, y que el poeta había recitado a no más de 20 personas entre las cuales estaba un traidor. La policía política encargó su caso a Nicolái Jristofórovich Shívarov, el más cruel de los expertos en literatura y que según Mandelstam tenía “lo de arriba abajo y viceversa”. El inquisidor, en uno de sus múltiples interrogatorios, le preguntó si él era autor de un poema contra Stalin; Mandelstam lo aceptó y sin empacho le recitó algunos versos: “Vivimos sin sentir el país bajo nuestros pies, / Nuestra voz no se distingue a pasos diez. / Y allí donde atrevida brota la conversación / el montañas del Kremlin sale a colación”. El verdugo lo contradijo, ya que conocía otra versión en la que en lugar de “montañas del Kremlin” decía “asesino de mujiks”. Con toda franqueza, el acusado respondió: “Esa es una primera versión”. Mandelstan

era valiente y tenía un gran valor civil: justificarse era imposible porque siempre creyó que “la poesía es la conciencia de tener razón”. Sus verdugos no lo dejaban dormir. En los interrogatorios, le ponían en el rostro una luz intensa que le dañaba los ojos y le inflamaba los párpados, le servían comida salada sin darle agua, lo metían en celdas de castigo y le ponían camisa de fuerza. Entonces *la razón*, es decir, el poeta, intentó suicidarse cortándose las muñecas con una navaja de afeitar que escondía en las suelas de sus zapatos, pero el devorador lo impidió.

Bujarin, el bolchevique, intentó ayudarlo y le escribió a Stalin que: “los poetas tienen siempre razón, la Historia está a favor de ellos”. También los poetas Ajmátova y Pasternak intercedieron, y este último, en una conversación telefónica sostenida con el “devorador de hombres”, a la pregunta de si Mandelstam realmente era un maestro, contestó que sí, pero que el problema era otro, y quería discutirlo personalmente con él. Stalin le preguntó para qué y el poeta respondió: “Para hablar de la vida y de la muerte”. El poder colgó y jamás volvió a platicar con el impertinente. Ciertamente, para el poder la vida y la muerte solo existen en el marco de sus obsesiones y decisiones, y discutir el tema con un poeta encierra muchos riesgos porque mientras que este habla con

NOTAS

la certidumbre de la verdad, el otro acostumbra acobardar y aplastar corazones porque considera que le pertenecen la vida y la muerte y no acepta que le recuerden que es imposible y estúpido hacerlo. Al final, el devorador ordenó “aislar, pero preservar” al poeta, para que muriera lentamente, y así ocurrió. Lo desterraron a Vorónezh, y luego a Savié-
lovo y a Kalinín. El término de su sentencia el 15 de marzo de 1938 coincidió con el fusilamiento de Bujarin, uno de sus defensores, y es posible que esto haya influido para que nuevamente lo detuvieran en mayo; luego de otra farsa de proceso, el dos de agosto lo condenaron a cinco años de trabajos forzados en los campos de Kolimá, es decir, a la muerte. La víctima escribía: “Me encuentro en la situación de un perro... No soy más que una sombra. No existo. La muerte es el único derecho que me queda”.³⁵

En efecto, enfermó gravemente y falleció el 27 de diciembre de 1939. En 1987 fue rehabilitado y se reconoció que fue una víctima inocente. Mandelstam, sabía que el poeta es responsable de decir una verdad siempre incómoda porque quema. El poema que le costó la vida no es el mejor de su creación, pero sí el más sincero, acertado y vitriólico:

Vivimos insensibles al suelo
bajo nuestros pies,

³⁵ Chentalinski, *De los Archivos...*, op. cit., pp. 315-316.

nuestras voces a diez pasos no se oyen.

Pero cuando a medias a hablar

nos atrevemos

al montañés del Kremlin

siempre mencionamos.

Sus dedos gordos parecen

grasientos gusanos,

como pesas certeras las palabras

de su boca caen.

Aletea la risa bajo sus bigotes de cucaracha

y relucen brillantes las cañas de sus botas.

Una chusma de jefes de cuellos flacos

lo rodea, infrahombres con los que

él se divierte y juega.

Uno silba, otro maúlla, otro gime,

solo él parlotea y dictamina.

Forja ukase tras ukase como herraduras

a uno en la ingle golpea,

a otro en la frente, en el ojo, en la ceja,

y cada ejecución es un bendito don

que regocija el ancho pecho del Osseta.³⁶

Como hemos visto, algunos consideran que “los poetas tienen siempre razón, la Historia está a favor de ellos”, “la poesía es la conciencia de tener razón” y, sobre todo, ellos saben “hablar de la vida y de la muerte” y del amor. El filósofo T. W. Adorno preguntó si después de Auschwitz podría volver a escribirse poesía y los poetas respondieron: “¡Hoy más que nunca!” Igualmente, a los poetas Roberto Juarroz y Álvaro Mutis una masa los interpeló a gritos: “¿Para qué sirve la poesía en un mundo lleno de abominaciones, como el hambre, la injusticia, la violencia?” Para Juarroz, la pregunta era “arcai-

³⁶ Nadezdha Maldelstam, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 21.

camente estulta”, y Mutis contestó que no encontraba otra solución más que escribir poesía todos los días, porque el poeta con su obra lucha por la dignidad, la grandeza y la pequeñez del hombre.³⁷ Para el filósofo Santayana, lo más importante de la vida es comprenderla y como la poesía ayuda, es sublime y habla el lenguaje de los dioses. El poeta con su imaginación dice verdades acerca de la vida, y que la vida y la libertad existen para reconquistarlas, pero solo las merece quien

se atreve cada día. La poesía enseña a amar y a renunciar, a juzgar y a adorar.³⁸

En el mismo sentido, decía Hutchins: “Homero fue el padre de Grecia. Sería un hombre osado el que dijera que Newton enseñó a Occidente más que Shakespeare”.³⁹

Mandelstam acostumbraba decirle con sabiduría, dulzura e ironía a Nadiezdha, su compañera: “¿Quién te dijo que la vida es para ser feliz? Y si en la URSS asesinan poetas, es indicio de que la poesía les interesa”.

³⁷ Roberto Juarroz, *Poesía y realidad*, 2000, Valencia, Pre-Textos, p. 48.

³⁸ George Santayana, *Tres poetas filósofos. Lucrecio, Dante, Goethe*, 1943, Buenos Aires, Lozada, trad. de José Ferrater Mora, p. 20.

³⁹ Robert M. Hutchins, *La universidad de Utopía*, 1968, Buenos Aires, EUDEBA, trad. de Noemí Rosenblat, p. 27.